

Estimadas autoridades, profesores, alumnos, ex alumnos y sus familias,
Muy buenas tardes.

A veces, cerramos los ojos, pensando que si los mantenemos cerrados podremos ver a Dios. Sin embargo, Dios nos ha regalado un paraíso, un país de las maravillas, para descubrirlo, admirando la belleza y degustando el placer de los manjares que emanan del país de Alicia.

Puedo contarles que descubrí a Dios en Chiguayante, también conocido como *tierra bella*. Una comuna de Concepción que, para llegar, debes bordear el río Bío Bío por unos 10 minutos. Al llegar, te recibirán los dafnes, las camelias, las bellas hortensias, los rododendros, las azaleas, las rosas, los ciruelos, los perales y los paltos. Es realmente una tierra bella.

En Chiguayante pasan cosas extrañas. Por ejemplo, de la tierra sale pan, luego de moverla con un palo y alejar los tizones rojos; y de un impecable y lento raspado de mi abuela, se asoma un milagro: la tortilla. Sí, la tierra de mi comuna es milagrosa, da unas flores que llaman Diego de la Noche. Es casi una maleza, pero cura esas heridas porfiadas, esas que no se van nunca. Las hojas de la flor de jarro son las mejores para envolver quemaduras. Pero, lejos lo más milagroso de mi tierra eran las manos de mi abuela. Esas sí que curaban. No sé cómo lo hacían, porque siempre se veían tan enjutas y venosas, que más bien parecían enfermas. Pero sanaban, ¡por Dios que sanaban! Podían estar horas sobre mi estómago, acompañadas de esas oraciones que nunca lograba descifrar, porque más bien parecían un cuchuceo íntimo con Dios y la Virgen María que, a ratos, incluso me daba miedo, pero a pesar del miedo confiaba porque eran sus manos y su oración.

Nunca he visto una fe como esa, la que salía de esa señora con pañoleta en el pelo y chales con flecos tejidos por mi tía. Tenía fe y poder, porque con azúcar y ramos benditos de Semana Santa, puestos en el bracerero, hacía que los temporales invernales amainaran en el acto. Hacía que Jesús viniera todos los almuerzos. Eran los 80, y la vida era difícil. Entonces, no podíamos olvidar colgar una olla con comida en el portón por si Jesús pasaba a almorzar. Era un momento mágico; todos los nietos sentados rogando que Jesús pasara y pudiéramos verlo. Generalmente lo veíamos de lejos, y estaba descalzo, con barba y ropa muy sucia. A veces, Jesús no venía, pero venían mujeres y sus niños. Mi abuela decía que de todos modos era Jesús, como el pan que nos obligaba a comer para que el diablo no se enterara de lo que estábamos comiendo. En esos tiempos se decía que el pan era la cara de Dios.

Así conocí a Dios, de la tierra que hace brotar pan de las manos y oraciones de mi abuela. Luego aprendí a verlo en muchas más cosas. Era simple verlo, solo había que estar atento, y no olvidar contar las manchas de las chinitas o las alitas de las abejas.

Luego, por alguna razón fui perdiendo los sentidos. Y, cuando volví a recuperar mi vista, mi olfato y mi gusto, fue tarde, porque no pude decirle gracias a mi abuela, por cada día

que me dijo “que te vaya bien si Dios quiere”. Solo resonaba en mi cabeza, mi testarudo: “¿por qué si quiere? ¡Si yo quiero, querrás decir!”.

Disculpen este relato, pero es un homenaje de agradecimiento a Dios por regalarme el don de la vida y a mi familia por enseñarme a descubrirlo en las cosas simples como el pan y la oración. Sin las flores que curan, sin el calor del pan recién salido del rescoldo y sin esas oraciones indescifrables, hoy no podría hacer teología.

El gran teólogo español Olegario González de Cardedal –siguiendo a otro gran teólogo del siglo XX, Hans Urs Von Balthasar– piensa que no se puede hacer teología olvidando la belleza. Por siglos hemos anunciado el Dios de la bondad y la moral, pero hemos abandonado de nuestro discurso al Dios bello que ama y cuida con delicadeza a los lirios del campo que nada hacen, pero que reciben de lo alto toda la gracia suficiente para irradiar la presencia del Padre, en los ojos atentos que las observan.

Hacer teología, en una época marcada por las *no-cosas* –como piensa Byung Chul Han– o por el desprecio a lo humano por considerarlo no apto para el nuevo mundo que se nos avecina –como piensa Yuval Noah Harari–, es necesario para volver hablar de las cosas, de los hombres y mujeres que dan forma a este mundo. El literato francés y agnóstico Michel Houellebecq ha llevado adelante una pluma llena de nostalgia sobre las cosas y el arte de hacer cosas, una profunda nostalgia del ser humano y, por añadidura, una profunda nostalgia de Dios. Allí donde no hay cosas que ver, que sentir, que oler, allí tampoco hay ser humano y, por lo tanto, tampoco hay Dios.

Y, ¿cómo podríamos hacer teología sin mundo, sin historia y sin ser humano? Hacer teología es cantar una oda al Dios que ama la historia y el cuerpo del hombre. Tanto lo ama que se hizo uno de nosotros en Cristo, para deleitarse con la belleza de los lirios del campo y el placer del vino. Como dice Agostino Molteni –teólogo ítalo-penquista–: tanto amó su cuerpo que, a diferencia de Neruda, nunca se cansó de ser hombre y quiso quedarse con su cuerpo por la eternidad.

Apreciar la belleza del mundo y del ser humano es agradecer a Dios, y la teología tiene un lugar privilegiado. Por esto, hoy quiero agradecer en nombre de todos los titulados, de pre y postgrado, a los que nos han enseñado a hacer teología, me refiero a nuestros queridos profesores. Agradecemos la dedicación, el compromiso, la sabiduría que nos han regalado estos años, para aprender a pensar el mundo como revelación de Dios. Todos nuestros profesores, con sus diversos talentos, búsquedas y miradas sobre Dios, han contribuido a nuestras propias búsquedas. Y por eso, ellos han sembrado en nosotros, la perseverancia para seguir buscando y dejarnos encontrar por el Dios que nos sostiene.

Agradecemos también a los compañeros de ruta, a aquellos con los que compartimos largas noches de estudios –y de palabrotas– cuando no lográbamos comprender un texto, por

ejemplo, de H. U. v. Balthasar o Karl Rahner. Hoy, muchos pasamos de ser compañeros a ser amigos, de esos que Jesús logró reunir.

Finalmente, quiero agradecer a mi esposo por ser un socio con el que hacemos esta familia; sin su apoyo no habría tenido la fuerza para viajar cada semana desde Concepción. A mi primo y su familia por acogerme en su casa acá en Santiago. A mi director de tesis, Dr. Fernando Verdugo, sj, por su tenaz perseverancia conmigo. A los profesores Dr. Rodrigo Polanco, pbro. y Dra. Cristina Bustamante –entre otros–, que me dedicaron tiempo valioso para la redacción de mi tesis.

Pero, sobre todo, a Dios por permitirme ser Alicia en el país de las maravillas.

Muchas gracias.

Soledad Aravena.